

UN MUNDO NUEVO, PROYECTO COMÚN

Juan Pablo García Maestro¹

Me gustaría comenzar con una historia². Cuentan que un jefe indígena relataba una noche una historia a sus nietos; según la cual, en cada hombre hay dos lobos luchando constantemente entre sí. Uno es el del egoísmo, el resentimiento, la mentira; otro es el de la misericordia, la generosidad, la esperanza. Al acabar el relato, preguntaron los nietos: “abuelo, ¿cuál de ellos crees que ganará?” Y el jefe indígena contestó: “aquel al que alimentéis”³.

En nosotros biológicamente luchan al menos dos lobos: “el del egoísmo y la competitividad y el de la reciprocidad y cooperación”. Ante la pregunta “¿cuál de ellos ganará?” no se me ocurre mejor respuesta que la del jefe indígena: aquel al que alimentéis.

1 Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, es profesor de Teología Fundamental y Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y de Teología y catequesis en el Instituto Superior “San Pío X”. Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid)

2 Conferencia pronunciada el 6 de febrero de 2014 en el salón de la Junta de Castilla y León de la ciudad de Soria.

3 He encontrado esta historia en el artículo de la pensadora Adela Cortina, “Otro mundo es necesario: justicia y solidaridad”, en: J. Torres, R.Vera, J. Masiá, L. Boff y otros, La Teología de la Liberación, hoy. XXXIII Congreso de Teología, Centro Evangelio y Liberación, Madrid 2013, pp. 45-58, aquí p. 55.

Pero la buena noticia de la biología evolutiva es que existe al menos dos lobos, no sólo uno. Que no es verdad que estemos condenados a ser egoístas, como afirmaría la teoría del individualismo posesivo (o individualismo propietario, lo llama Petrella), sino que estamos hechos también para cooperar, para trabajar juntos en un mismo sentido⁴.

Pues bien, este es el contenido esperanzador que transmite el Documento Base de Manos Unidas de la campaña contra el hambre⁵. Estamos aquí, y ojalá mi reflexión ayude, para alimentar al lobo que lucha y se empeña en cooperar para trabajar a favor de un mundo nuevo.

Mi exposición va a constar de tres partes: en la primera voy a presentar las tesis centrales del Documento Base que Manos Unidas ha preparado para este año 2014; en la segunda parte haré una reflexión teológica del documento y, finalmente, presentaremos algunas líneas de acción para que todos asumamos un compromiso en el seno de nuestras comunidades cristianas.

PONER A PRODUCIR LOS DOS GRANDES VALORES DEL CRISTIANISMO: LA ESPERANZA Y LA FRATERNIDAD

El documento base de Manos Unidas, para este año 2014, comienza en su introducción haciendo alusión a la esperanza cristiana como la virtud teologal que orienta sus reflexiones, anima su misión y que impulsa hacia un verdadero desarrollo humano integral. Esta esperanza quiere ser no sólo para los cristianos sino para todos los demás. “Por esta esperanza, mantenemos el mundo abierto a Dios y trabajamos por “un mundo nuevo”, como responsabilidad

⁴ Ibid., p. 56.

⁵ El Documento Base que lleva como título “Un mundo nuevo, proyecto común” está publicado en la revista Manos Unidas n. 193 (2014), pp. 15-21. Nosotros seguimos el texto de esta revista.

y tarea de todos”⁶. Este objetivo es el que ha estado presente en las campañas de Manos Unidas desde siempre.

Quiero detenerme en este detalle, porque me alegra enormemente que un documento comience con la esperanza como punto de partida. Pienso que el Cristianismo ha aportado desde el espíritu propio del obrar de Jesús dos grandes valores a la humanidad: la esperanza y la fraternidad. La esperanza es la “niñita de nada”, es decir la que tiene, por lo general, una presencia menuda y germinal, callada y silenciosa. Pero es la que mantiene al mundo abierto a Dios, para que a su vez tenga al mundo abierto a los más pobres. Al fondo de la esperanza está el valor de lo pequeño y lo sencillo. Ya dijo Jesús que el Reino de Dios no se hace presente en el mundo de forma espectacular, sino con la apariencia de un grano de mostaza, que es la más pequeña de las semillas (cf. Mc 4, 30-32). Ya en el Horeb, para manifestarse a Elías, prefirió Dios la caricia de la brisa a la grandiosidad del terremoto y la tormenta (cf. 1 Re 19, 11-13).

¿Se podría tener una justicia integral y plena para los perdedores de esta historia si la historia no tuviera un final plenificante? Tiene razón Johann Baptist Metz cuando afirma que el cristianismo no es una ética, sino una escatología. Es esta última (la escatología) la que nos lleva a afirmar que “no habría final peor que el que no hubiese ningún final”. Aquello que decía Max Horkheimer: “El anhelo de que el verdugo no triunfe sobre la víctima inocente”. Sin embargo, no queremos que sea sólo un anhelo, sino que de verdad haya un Dios que haga justicia a las víctimas y a los más pobres. Sin embargo, queremos que ese anhelo se realice ya aquí en la historia.

Ese anhelo intrahistórico es posible si instauramos el valor de la fraternidad. El papa Francisco ha escrito con motivo de la Jornada Mundial de la Paz, celebrada el 1 de enero de 2014, que la causa

⁶ Ibid., p. 15.

de la pobreza en el mundo es la falta de fraternidad⁷. La globalización, como ha afirmado Benedicto XVI, nos acerca a los demás, pero no nos hace hermanos⁸. Además, las numerosas situaciones de desigualdad, de pobreza y de injusticia revelan no sólo una profunda falta de fraternidad, sino también la ausencia de una cultura de la solidaridad. Las nuevas ideologías, caracterizadas por un difuso individualismo, egocentrismo y consumismo materialista, debilitan los lazos sociales, fomentando esa mentalidad del descarte, que lleva al desprecio de los más débiles de cuantos son considerados inútiles⁹.

Al mismo tiempo, es claro que también las éticas contemporáneas son capaces de generar vínculos auténticos de fraternidad, ya que una fraternidad privada de la referencia a un Padre común, como fundamento último, no lograría subsistir. Una verdadera fraternidad entre los hombres supone y requiere una paternidad trascendente. A partir del reconocimiento de esta paternidad, se consolida la fraternidad entre los seres humanos, es decir, ese hacerse prójimo que se preocupa por el otro.

Este Padre común es puro don, es gratuidad y por eso queremos apostar por la lógica del don¹⁰ frente a la lógica individualista del mercado y del intercambio, que lo mide todo por intereses egoístas de tú me das y yo te doy. Esto implica trabajar por la fraternidad universal tan necesaria desde el punto de vista de las relaciones

7 Nosotros citamos el texto publicado en el suplemento Alfa y Omega, jueves 26 de diciembre de 2013, p. 21.

8 "La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos" (Caritas in Veritate 19). Según la ONG Oxfam Intermón 85 individuos acumulan tanta riqueza como los 3.570 millones de personas que forman la mitad más pobre de la población mundial. O que la mitad de la riqueza está manos de apenas el 1% de todo el mundo. Eso sin contar que una considerable cantidad de esta riqueza está oculta en paraísos fiscales.

9 Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de la Paz, en Alfa y Omega, jueves 26 de diciembre de 2013, p. 21.

10 Para este tema de la lógica del don considero muy importante el libro del filósofo Francesc Torralba, *La lógica del don*, Ed. Khaf, Madrid 2012².

entre los países. La fraternidad puede tomar la forma práctica de iniciativas políticas y económicas que hacen efectivas las mejores condiciones de vida para todos. Una de estas encomiables iniciativas es la que ha cristalizado en los Objetivos de Desarrollo de Milenio (ODM), que entre sus metas buscan fomentar una Asociación Mundial para el Desarrollo.

Los ODM responden a necesidades perentorias, crónicas, provocadas por situaciones claras de violación de los derechos humanos. Las metas deberían ser alcanzadas, total o al menos parcialmente, en el año 2015. Están basadas en una alianza mundial que exige la responsabilidad y el compromiso de todos. Es responsabilidad de los países en desarrollo poner en sus propios asuntos la mejora de la gobernabilidad y el respeto de los derechos humanos, el aumento de su inversión en infraestructuras y en servicios básicos como la salud o la educación, la ayuda a los pequeños agricultores, a fin de garantizar la seguridad alimentaria, y el fomento de un medio ambiente sostenible. Por su parte, constituye un compromiso de los países desarrollados el apoyo a esos esfuerzos, aumentar la ayuda oficial al desarrollo, aliviar la deuda externa, mejorar las reglas de comercio internacional y el posibilitar el acceso a medicamentos esenciales y tecnología.

El Documento Base presenta de forma muy realista la crudeza de nuestro mundo globalizado. Reconoce que los Objetivos de Desarrollo fueron formulados en un contexto histórico de optimismo ambiental (año 2000): dominaba la euforia de la globalización, la creencia en la posibilidad de que todo estaría en la vida de todos, todos tendrían acceso a los bienes de manera más fácil y más rápida. Pero la dinámica de la globalización ha dado otros frutos: algunos positivos, otros netamente negativos y el resto ambivalentes. La globalización ha creado oportunidades para acabar con las injusticias, pero la realidad es que las injusticias y desigualdades se han reconfigurado, dando lugar a un mundo caracterizado por la interdependencia y en el que podemos identificar cuatro maneras diferentes de estar:

- a) En primer lugar, el mundo de los pobres estructurales crónicos. Es el mundo de las personas que llevan años enquistadas en una vida infrahumana, que es un cúmulo de todas las carencias; están así cerca de 2.000 millones de personas en lugares que ya no son remotos.
- b) A continuación, estaría el mundo individualista de la comodidad y la satisfacción. Un mundo que se extiende por todas las partes del planeta, no sólo en los países ricos; las personas tienen acceso a las condiciones básicas de vida, disfrutan de la tecnología, viven en regímenes democráticos y no democráticos... En diferente grado, tienen en sus manos las empresas, las finanzas, la información, la política, la cultura....
- c) En tercer lugar, tenemos el mundo de la violencia activa y latente. Es el mundo del terrorismo local e internacional, de las dictaduras militares y políticas, de las bandas organizadas al servicio de intereses oscuros; es el inframundo de la trata de personas, de la explotación sexual infantil y femenina, de la esclavitud laboral, de los traficantes de armas y drogas... Es también el mundo de los fundamentalismos.
- d) Por otro lado, el mundo está receptivo a gestos y signos de esperanza. La esperanza es lo que nos lleva a huir de la resignación que inmoviliza y mata. La esperanza nos mueve a convertir el hartazgo y la indignación en oportunidades e iniciativas que vemos reflejadas en millones de voluntarios, en miles de instituciones ejemplares, en movimientos y redes sociales, personas comprometidas por el bien común, en el Norte y en el Sur.

Estos millones de voluntarios nos dicen desde su compromiso que, si realmente queremos otro mundo, no podemos seguir como has-

ta ahora, porque la realidad que hemos creado nos aplasta, nos agrede, nos exige más y más. Es el resultado de un modelo de desarrollo basado en un sistema económico mundial en el que el mayor beneficio con el menor esfuerzo es el centro, el crecimiento ilimitado es su dogma y el mercado desregulado su instrumento privilegiado. Nos hemos olvidado del bien de las personas y que la razón de ser de la economía es satisfacer necesidades y no responder a los intereses de las élites.

En este sentido, el documento base de Manos Unidas recupera lo mejor de los documentos de la Doctrina Social de la Iglesia, especialmente de la etapa posconciliar. Me refiero a la excelente encíclica del papa Pablo VI, “*Populorum progressio*”, que uno de sus números hace una clara petición: que cada pueblo de la tierra sea “artífice de su propio desarrollo, del que cada pueblo es el primer responsable. Mas no podrá realizarlo, aislados unos de otros” (PP 77). Así “el desarrollo integral del hombre no puede realizarse sin el desarrollo solidario de la humanidad, mediante un mutuo y común esfuerzo” (PP 43).

También se detiene en las aportaciones de la encíclica “*Caritas in Veritate*” del papa Benedicto XVI, que nos invita a realizar un esfuerzo común para lograr la implicación de todos en el desarrollo integral, de cada hombre y de todos los hombres, como una manifestación de la fraternidad a la que está llamada la humanidad: “el desarrollo de los pueblos depende, sobre todo, de que se reconozcan como parte de una sola familia, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto al otro” (CV 11). Por tanto, reforzar una relación de común unión entre todas las personas está en la base de un desarrollo que responda a las exigencias de la dignidad humana.

La encíclica CV afirma de una manera explícita –rebatando así el pensamiento de muchos economistas– que la economía no puede ser una materia autónoma de la moral. Corroboración cómo esta ten-

dencia ha llevado “al hombre a abusar de los instrumentos económicos incluso de manera destructiva”. Sin introducir la ética, el amor a los demás y la preocupación por el bien común en la ciencia económica, esta se convierte en un instrumento que puede ser utilizado no para el progreso del conjunto de la sociedad y de todos los individuos que la componen, sino para el beneficio de unos pocos. Una economía así, dirá el Papa Francisco, “mata”.

Por ello, “*Caritas in veritate*” afirmará que la gratuidad y la lógica del don deben tener un espacio en la actividad económica ordinaria. Es más, llega a afirmar que “sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia” (CV 37).

OTRO MUNDO ES POSIBLE DESDE JESÚS QUE SE HIZO POBRE Y OPTÓ POR LOS POBRES

La historia es el lugar en el que Dios revela el misterio de su persona¹¹. Pero se trata de una historia real, atravesada por conflictos y enfrentamientos. Dios se manifiesta en la historia, pero también la orienta estableciendo la justicia y el derecho. A parte de ser un Dios creador y providente, es un Dios que toma partido por el pobre y lo libera de la esclavitud y la opresión¹².

Si esta es la forma cómo Dios se revela a la humanidad, el interrogante que nos debemos hacer es: ¿cuál ha de ser la respuesta por parte de los hombres al Dios que se revela en la historia? La respuesta, a la que llamamos fe, no será sólo teórica: reconocer al Dios de la Vida implica obrar la justicia. El verbo conocer en la Biblia significa amar. Ya en el Antiguo Testamento se da una estrecha relación entre Dios y el prójimo. Despreciar al prójimo, explotar al jornalero humilde y pobre, no pagar el salario a tiempo es ofender a Dios (cf. Prov 14, 21; Dt 24, 14-15; Ex 22, 21-23). “Quien se burla

11G. von Rad, *Teología del Antiguo Testamento*, Vol II, Sígueme, Salamanca 1989, 6ed., p. 436.

12 Envío a mi trabajo *El Dios de Jesucristo*, Ed. Claretiana, Buenos Aires 2011.

de un pobre, ultraja a su Hacedor” (Prov 17, 5). Donde hay justicia y derecho, hay encuentro de Dios, cuando esto falta éste está ausente (cf. Jer 22, 13-16; Os 4, 1-2).

La pobreza es un mal en la Biblia. Es algo que Dios no quiere. No resulta fácil dar una definición de pobreza, pero desearía definir la pobreza con esta aguda definición del dominico fray Bartolomé de las Casas: “pobreza es morir antes de tiempo”. En nuestra cultura de bienestar solemos decir de alguien que murió en la cama o en el hospital a la edad de noventa años. En otros contextos de pobreza extrema (Haití, Ruanda, etc.) no se muere en el hospital o en la cama a causa de la vejez, se muere en la niñez o la infancia porque no hay dinero para medicinas ni para alimentación.

En el momento actual que estamos viviendo, la Iglesia, todos los cristianos, tenemos que convencernos que la fe no puede permanecer indiferente ante los problemas sociales. No basta con un comportamiento cristiano honesto, de buenas intenciones, sino también es necesaria la eficacia. La pobreza no es algo ocasional. No estaremos realmente con los pobres sino luchando contra la pobreza (Paul Ricoeur). Nuestra opción por los pobres no es una opción de clase. Hunde sus raíces en el Dios que nos reveló Jesucristo. “El corazón de Dios- afirma el papa Francisco- tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo “se hizo pobre” (2 Co 8, 9). Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres. Esta salvación vino a nosotros a través del “sí” de una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio. El Salvador nació en un pesebre, entre animales, como lo hacían los hijos de los más pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. Lc 2, 24; Lv 5, 7); creció en un hogar de sencillos trabajadores y trabajó con sus manos para ganarse el pan. Cuando comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitudes de desposeídos, así manifestó lo que Él mismo dijo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha en-

viado para anunciar el Evangelio a los pobres” (Lc 4, 18). A los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: “¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!” (Lc 6, 20); con ellos se identificó: “Tuve hambre y me disteis de comer”, y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo” (cfr. Mt 25, 35s)¹³.

Pero a continuación el papa Bergoglio añade que “para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia”. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (Flp 2, 5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Esta opción –enseñaba Benedicto XVI- “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos”¹⁴.

El documento base de Manos Unidas sigue esta misma línea. Afirma en el apartado cuarto: “Nuestra alianza con los pobres se basa en la conciencia del Dios-Amor revelado en Jesucristo. Es Él quien nos regala la ternura y la compasión del Padre; nos ilumina el qué hacer y cómo hacerlo, sobre todo cuando acoge y acompaña a los más débiles y pobres, participando en las alegrías y las penas de todos (cf. *Gaudium et spes* 1). Él ilumina y aclara el verdadero misterio de la dignidad e igualdad de todos los que formamos la familia humana y habitamos la creación que nos ha regalado. Esta es una llamada para todos los hombres de buena voluntad. La vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos,

13 Papa Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. La alegría del Evangelio, Ed. Palabra, Madrid 2013, n. 197.

14 *Ibid*, n. 198.

sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón”¹⁵ .

Manos Unidas, desde sus orígenes, ha cuidado y quiere seguir cuidando la apertura al “otro”, al que tiene hambre, sed, está oprimido, le falta instrucción, está enfermo o marginado; el interés por las personas con independencia del lugar de nacimiento, sexo, raza, cultura y religión. Con Jesús aprendemos a mirar al “otro” de manera nueva y con esperanza. En el origen de su organización está la mirada de la madre que se preocupa por todos sus hijos, especialmente por los más desvalidos, y que quiere que todos ellos se desarrollen plenamente.

¿QUÉ DEBEMOS HACER? NUESTRO DESEO DE UN MUNDO NUEVO

Al inicio he recordado que la esperanza es un principio vital que nos invita a trabajar por algo nuevo, tanto en la vida personal como en el conjunto de la sociedad. Antes de desarrollar algunas propuestas de acción, quería resaltar una idea que el papa Francisco ha recuperado en su exhortación “La alegría del Evangelio”. Me refiero a cuando cita a san Ireneo que escribía en una de sus obras: “Cristo, en su venida, ha traído consigo toda novedad”¹⁶ . “Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atravesase épocas oscuras y debilidades ecles-

15 Aquí el documento cita la Homilía del santo Padre Francisco en la Santa Misa en el solemne inicio del misterio petrino.

16 *Evangelii Gaudium*, n. 11. La cita de san Ireneo está tomada de su obra *Adversus haereses*, IV, c. 34, n 1: PG 7, 1083: “Omnem novitatem attulit, semetipsum afferens”.

siales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos (...), palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual”¹⁷ .

¿En qué dirección debemos trabajar para construir el mundo que queremos?

Aquí destaco principalmente las que propone el Documento Base de Manos Unidas:

1. A nivel personal, podemos humanizar las relaciones. Deteriorando la “lógica del interés” y cultivando la “lógica del don”. Promoviendo la cultura del cuidado del otro”, frente a la rutina y la insensibilidad ante el sufrimiento de los demás.

. Fomentando la cultura de la familia como red social básica del amor y el don, frente a la fractura social y el individualismo. “La fraternidad se empieza a aprender en el seno de la familia, sobre todo gracias a las responsabilidades complementarias de cada uno de sus miembros, en particular del padre y de la madre. La familia es la fuente de toda fraternidad, y por eso es también el fundamento y el camino primordial para la paz, pues, por vocación, debería contagiar al mundo con su amor”¹⁸. “Es el lugar también donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos”¹⁹.

17 Ibidem.

18 Papa Francisco, “Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz”, p. 21.

19 Ibid., n. 66.

La familia, fundada en el matrimonio constituye un “patrimonio de la humanidad”, una institución social fundamental; es la célula vital y el pilar de la sociedad y esto afecta tanto a creyentes como a los no creyentes. Es una realidad por la que todos los Estados deben tener la máxima consideración, porque “el futuro de la humanidad se fragua en la familia”²⁰.

. Anteponiendo la lógica de los derechos humanos fundamentales, los deberes y la responsabilidad, a la lógica del individualismo, los derechos particulares y las apetencias.

. Apoyando el consumo austero y solidario, y frenando la cultura del consumo compulsivo y superfluo.

. Transformando la excusa “no puedo cambiar el mundo...” en la decisión “puedo hacer lo que está en mi mano”, en la familia, en la escuela, en el barrio, en la empresa, en la parroquia...

. Promoviendo actitudes de acogida, cooperación, diálogo y respeto, frente a la tendencia a la competitividad y el conflicto.

2. En el nivel social y político, se requiere fortalecer el Estado social de Derecho y la democracia. Ello exige impedir retrocesos en derechos humanos económicos, sociales y culturales y evitar su aplicación selectiva (p.e. negando la asistencia sanitaria a las personas extranjeras sin papeles). Igualmente es preciso mejorar la cooperación internacional (ha bajado más de un 80% en los últimos años) y favorecer una política comercial de inversiones coherente con las necesidades humanas. Los países pobres deben mejorar su gobernabilidad para movilizar y gestionar los recursos de forma más efectiva

20 Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 86. Ver también la encíclica del papa Francisco, *Lumen fidei*, Ed. Edibesa, Madrid 2013, nn. 52-53.

y equitativa, y los países ricos deben aumentar la ayuda, el alivio de la deuda, el acceso al mercado y la transferencia de tecnología.

A estas dos desearía añadir un tercer nivel que está en relación con el escenario religioso. El deseo de un mundo nuevo es una tarea de tal envergadura, que es muy grande para una sola religión. La causa de muchos conflictos y guerras es la extrema pobreza en la que viven muchos de nuestros hermanos que habitan este mundo. Por eso la humanidad espera de las religiones que sean de verdad instrumentos de paz. “No habrá paz en el mundo si no hay paz entre las religiones” (Hans Küng).

Decimos que estamos en la era de la globalización y, efectivamente, nunca como ahora ha habido tanta circulación de capitales, de ideas y de técnicas. Sin embargo, nuestras democracias son terriblemente provincianas. Defienden la justicia y la igualdad dentro de las fronteras, pero se desentienden de la injusticia o la iniquidad que pueda haber fuera de ellas, cuando no prosperan precisamente a costa de las desigualdades en el trato con los de fuera.

En este sentido, pensamos que las religiones pueden actuar como “maestras de la sospecha” sobre el talante despreocupado de las democracias modernas, que miran más al bienestar de los electores en potencia que a la equitativa redistribución de los bienes o a la aplicación de la justicia en el mundo.

Mientras los ideólogos del tardo-capitalismo se atreven a decir que hemos llegado al “fin de la historia” (Fukuyama), resulta que para más de dos tercios de la humanidad no hay sencillamente posibilidad de historia.

El cristianismo genuino, el del Magnificat y el de la parábola del Samaritano, posee un poderoso acicate ético para luchar contra el exclusivismo prepotente.

En estos momentos de la historia, sostengo que la fe de todos los creyentes, incluidos los de las demás religiones, estamos llamados a vivir y a testimoniar un Dios liberador de todos. Los “dioses” los “ídolos” que muchos seres humanos utilizan para encubrir sus injusticias o para destruirse unos a otros no pueden ser expresión del Misterio absoluto e inefable.

Por eso, en un mundo globalizado tenemos que dar prioridad no sólo a la inculturación sino a la interculturalidad. Ella parte del valor y de la dignidad de todas las culturas, de la no superioridad apriorística de una sobre las demás y de la relación no jerárquica entre ellas. Es un antídoto contra el fundamentalismo político, cultural, económico y religioso.

La interculturalidad es la otra cara de la globalización, al menos de la globalización “realmente existente”, la neoliberal. Si la globalización neoliberal aboga por un modelo único de pensamiento, de cultura, de política, de economía y de religión, la interculturalidad subraya la heterogeneidad y el mestizaje de culturas, religiones, lenguajes y cosmovisiones, sin que ello signifique caer en el irenismo.

Si la globalización defiende el etnocentrismo y afirma la validez universal de una cultura, y su hegemonía sobre las demás, la interculturalidad promueve la conciencia de igualdad entre las culturas.

En esta era del diálogo entre las religiones, ¿no estamos llamados a testimoniar que sólo el AMOR es digno de fe? Es

decir, estamos llamados a intensificar el testimonio de la caridad, especialmente hacia los más pobres²¹.

Desde la tradición cristiana, el apóstol Santiago se interroga: “¿De qué le sirve a uno, hermanos mío que tiene fe, si no tiene obras? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen de sustento diario, y alguno de vosotros le dice: “Idos en paz, calentaos y hartaos, pero no le dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta” (St 2, 14-17).

También en la tradición islámica hay un proverbio que se le atribuye al Profeta y que está recogido en el Hadiz de Bujar: “En una ocasión, un hombre le preguntó al Profeta qué es lo mejor del islam, y el Profeta le respondió: “Es alimentar a los hambrientos y dar el saludo de paz tanto a quien conoces como a quien no conoces”.

El Islam hay cinco pilares que fundamentan la práctica de esta religión, uno de ellos es la Zakat, es decir “el impuesto social purificador. Dar su dinero para los necesitados es un acto religioso que inscribe al donante en una relación del reconocimiento hacia Dios –nuestro dinero no nos pertenece- y de solidaridad porque lo que tenemos es para compartir²² .

21 G. Gutiérrez, “El reto de la pluralidad de religiones”, en *Selecciones de Teología* 209 (2014), pp. 3-14. En este artículo, el teólogo peruano Gutiérrez afirma que “las religiones están llamadas a conseguir que sus miembros se comprometan a cambiar la situación de los que sufren exclusiones y maltratos. Se trata de una solidaridad que resulta más necesaria dado el hecho de que a menudo las religiones –sin excluir al cristianismo en sus diversas expresiones- han justificado o tolerado en modos diversos graves situaciones de injusticia. Sin dejar de reconocer que numerosos creyentes de las religiones han dado eximios testimonios de lucha contra la condición injusta de la pobreza, es mucho lo que queda por hacer en este campo.

22 J. Jomier, *Para comprender el Islam*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1998.

En el Hinduismo quería destacar de manera especial una figura muy apreciada a nivel mundial, como lo fue Gandhi, quien creó el Movimiento Satyagraha, que puede ser traducido por: esfuerzo por la verdad, búsqueda de la verdad, la fuerza de la verdad. En este movimiento sus objetivos eran el amor, la fe y el sacrificio. A su vez su ideal fue la opción por la no-violencia, es decir la valentía consiste en morir, pero no en matar.

También profesó la austeridad o no posesión. No robar era para él utilizar objetos de los cuales no tenemos necesidad. Y, finalmente, debo destacar su lucha por la liberación de los intocables o descastados. Aquí, la propuesta de Gandhi entra en sintonía con las llamadas más comprometidas del Cristianismo a favor de los más pobres y la lucha por la justicia.

CONCLUSIÓN

Al final, el Documento de Manos Unidas “Un mundo nuevo, proyecto común”, afirma que el reto que tenemos por delante es grande, pero no es imposible. En la medida en que nuestra vida se vaya pareciendo más a lo que queremos para todos los demás, iremos dando pasos hacia esa fraternidad universal que nos permitirá vivir mejor. En la medida en que cada uno de nosotros nos vayamos haciendo más responsables de los otros, comprometiéndonos en la búsqueda del bien común, nos sentiremos legitimados para pedir a los países más pobres que se vayan haciendo más responsables de su propio desarrollo²³. Sólo en este camino abierto a los otros, la familia humana podrá afrontar el desafío de acabar con la pobreza y el hambre impulsando un desarrollo integral auténtico.

Pero no basta cualquier tipo de acuerdo, asociación o tratado internacional. Por eso es cierto lo que decía Benedicto XVI en Caritas

²³Esta misma idea aparece en la exhortación del papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 190. “Necesitamos crecer en una solidaridad que debe permitir a todos los pueblos llegar a ser por sí mismos artífices de su destino, así como cada hombre está llamado a desarrollarse”.

in Veritate: “Es preciso un nuevo impulso del pensamiento para comprender mejor lo que implica ser una familia; la interacción entre los pueblos del planeta nos urge a dar ese impulso, para que la integración se desarrolle bajo el signo de la solidaridad”.

Finalmente, desde la interculturalidad y el pluralismo en el que vivimos, estamos llamados a tomar en serio aquello que profetizó el pensador E. Mounier: “En el futuro, lo que dividirá a los hombres no va a ser si creen en Dios o no (o si son de mi religión o no), sino si están o no al lado de las víctimas de esta historia”.

Y a esta idea lúcida del pensador francés, yo añadiría que haber estado al lado de las víctimas es lo que hará verdadera nuestra fe en el Dios de la Vida.